El hombre que olvidó temblar

Sergi Ramos

El hombre que olvidó temblar

Sergi Ramos

Avant editorial

Primera edición, marzo de 2026
© Sergi Ramos, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-17-7
THEMA: FHX-FXM-FBA
DEPOSITO LEGAL: M-9710-2026

A mi mujer y a mi hija,
por la paciencia y el apoyo
que han mostrado durante las horas
que he dedicado a este libro.

Primera Parte

Capítulo 1

—¿Creéis que sois la misma persona que dio a luz vuestra madre? ¿O pensáis que nos vamos transformando según nuestra experiencia y conocimientos? A diferencia de una silla o un martillo, diseñados para cumplir una función específica, los humanos primero existimos y, luego, a través de nuestras acciones, construimos lo que somos. No hay una naturaleza humana predefinida ni un destino que nos guíe desde el nacimiento. Nosotros nos definimos por nuestras decisiones. ¿Por qué existimos? ¿Cuál es el propósito de la vida? Siento abriros los ojos, pero no hay ningún propósito en vuestra existencia. No estamos aquí por un objetivo preestablecido. No fuimos creados con un fin; la vida carece de un sentido objetivo. No hay una razón divina, un destino ni un plan cósmico que nos haya traído hasta aquí. La vida es absurda, pues no hay ninguna lógica en nuestra existencia. ¿Cómo debemos vivir si sabemos que la vida es absurda? Lo único que debemos hacer es ser conscientes de que somos libres: libres para inventar nuestros propósitos, libres para

construir nuestra esencia por medio de nuestras elecciones y acciones, libres de pensamiento y —hizo una pausa— esclavos de nuestra libertad.

»La libertad no es un regalo fácil. Con ella llega una carga tremenda: la responsabilidad. Al ser completamente libres para actuar, somos responsables de todo lo que hacemos y dejamos de hacer. No podemos culpar a Dios, al destino o a nuestra naturaleza por nuestras decisiones. Somos los únicos responsables de nuestras elecciones y de sus consecuencias. Para muchas personas, el darse cuenta de que no hay un guía o un camino que les indique cómo actuar y verse en la absoluta libertad les genera una angustia existencial, un miedo profundo que —¡qué contradicción! —, limita su libertad.

Se creó un silencio expectante en el aula, parecía que el profesor había conseguido la atención que buscaba; miraba a los alumnos uno a uno, como si tratara de encontrar en sus rostros la respuesta a sus preguntas y reflexiones. Algunos lo observaban con expresión afirmativa, como si comprendieran sus razonamientos; otros, en cambio, fruncían el ceño, quizá por desacuerdo o por falta de comprensión.

El aula de la Facultad de Filosofía y Letras de la UAB era un espacio amplio, con paredes de un blanco apagado que mostraban el paso de los años y de los estudiantes. En la pared del fondo se veían carteles informativos y sindicales —a favor de la lucha obrera y

en contra de las desigualdades sociales—, además de un par de anuncios de conferencias y seminarios. A su lado, un tablero de corcho lleno de notas, apuntes y anuncios de clases particulares, intercambios de libros, pisos compartidos, etc.

En la pared frontal, dos pizarras verdes ocupaban gran parte del espacio, aunque una estaba parcialmente tapada por la pantalla enrollable que colgaba del techo para proyectar la presentación que tenía el profesor en su portátil. En la esquina se encontraba una mesa larga y algo desgastada, donde el docente había dejado sus apuntes, una botella de agua y el portátil.

Los alumnos estaban sentados en sillas pequeñas e incómodas —«¿cómo podía ser que el mobiliario de las universidades siguiera siendo el mismo que hace cuarenta años? Los jóvenes de hoy en día son, al menos, diez centímetros más altos»—. Estaban sentados individualmente, alineados en filas serpenteantes, nada simétricas, algo que molestaba a aquel docente anticuado que veía cómo se perdía el orden y las buenas formas en los centros universitarios. Para mayor disgusto de aquel profesor, las mesas y sillas mostraban signos de desgaste por mal uso de los alumnos: sillas sin los tacos de goma, mesas rayadas, con dibujos o bordes rotos. Sobre las mesas de los alumnos solo había portátiles, con los que tomaban apuntes. Nada de libretas, folios, ni bolígrafos. El profesor no lograba acostumbrarse al sutil teclear rítmico y constante de

los portátiles que sonaba por debajo de su voz cada vez que exponía un tema.

Se encontraba de pie, frente a la pizarra, mirando a sus alumnos, justo al lado de su mesa, mientras continuaba con su explicación.

—Jean-Paul Sartre, en su libro El ser y la nada, nos habla de la condena del ser humano a ser libre y de la angustia que siente al reconocer esa libertad. Sartre puso un ejemplo que quiero explicaros: el camarero del café. Decía Sartre que observó a un camarero que actuaba de forma muy servicial; todos sus gestos, expresiones y acciones eran las típicas de un hombre de dicho oficio. Parecía estar interpretando un papel en una obra de teatro o, dicho de otro modo, no parecía una persona libre, sino un personaje que desempeñaba un rol concreto, como si no quisiera demostrar su libertad de actuación y decisión. A ese papel teatral de aquel camarero, Sartre lo llamaba mauvaise foi (mala fe), y lo utilizó para ejemplificar cómo el ser humano intenta construirse un personaje con el objetivo de escapar de la angustia que le provoca su libertad.

»Avancemos un paso más en el existencialismo de Sartre —hizo una pausa para descansar momentáneamente del molesto tecleo de los alumnos—, y explicaremos su idea de libertad individual y de romper las cadenas de un destino predefinido, ya sea por Dios, la familia o la sociedad. Sartre exponía lo siguiente: la existencia precede a la esencia. Es decir, ninguno de

nosotros nace con un futuro predefinido que marque su destino, sino que este se define a partir de las elecciones que tomemos en todo momento. Y lo más importante: no existe una moral universal que guíe nuestras acciones; somos nosotros los que tomamos nuestras propias decisiones.

Víctor se acercó a su mesa y cogió la botella de agua para dar un pequeño sorbo y humedecer la garganta.

—A partir del pensamiento de Sartre —continuó Víctor— y de otros tantos filósofos existenciales que estudiaremos más adelante, podríamos considerar que la vida no tiene sentido intrínseco: es un absurdo que nos lleva a cuestionar qué es, en realidad, la vida. Para los existencialistas, la libertad individual nos hace responsables de nuestra vida: somos lo que decidimos ser. Por lo tanto, olvidaros de la moral que os han inculcado desde que nacisteis o de la teórica moral universal que, supuestamente, rige el universo. Debéis liberaros de toda atadura externa para poder asumir vuestra plena libertad.

Víctor hizo una pausa mientras observaba a sus estudiantes. Notó que hacía rato que sus alumnos habían dejado de teclear los portátiles y lo miraban con atención. Era como si estuvieran en una conferencia, escuchando los argumentos de un ponente. Aquello había dejado de ser una clase de filosofía para convertirse en un coloquio en el que el profesor los invitaba a pensar y a cuestionar su propio modo de vida.

Víctor continuaba:

—Sartre, como el resto de existencialistas, considera que la vida terrenal es todo lo que tenemos y cuando nos llega la muerte es el fin de todo, es la nada, y ese paso es ineludible para…

—¡Profesor! —interrumpió una estudiante a la vez que levantaba la mano—. Nos está argumentando que nuestra vida no tiene sentido; es más, afirma que nuestra vida es absurda. ¿Para qué vivirla, entonces? Según su razonamiento, no habría motivos por los que vivir y, además, a diferencia de lo que proclaman todas las religiones, usted dice que la muerte es el fin de nuestra existencia. Lo siento, profesor, pero me niego a aceptar que mi vida carezca de propósito.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Víctor a la joven que estaba sentada en la tercera fila, justo enfrente de la pizarra.

—Blanca —respondió con tono disgustado al darse cuenta de que el profesor aún no la conocía. La verdad es que Víctor no se esforzaba por recordar los nombres de sus alumnos. Los cursos pasaban, año tras año, igual que los alumnos: nuevos chicos, nuevas caras, nuevos nombres; hacía años que había dejado de intentar memorizarlos. En lo que sí se fijó fue en la mirada de Blanca: una mirada inquisitiva que, a la vez, mostraba atención y curiosidad.

—Blanca, hemos crecido con valores morales que nos han hecho creer que la vida sí que tiene un sentido.

Valores morales que nos indican cómo debemos actuar, que nos dicen lo que es correcto o incorrecto, lo que es justo o injusto. Sin embargo, todo esto son convenciones que hemos acatado y que consideramos universales, aunque no lo son.

—¿Cómo puede decir que no hay una moral universal? ¿Matar a una persona no es una acción moralmente mala? Robar al pobre, violar a una joven, y tantos ejemplos que le podría poner, ¿no son moralmente inaceptables?

Víctor se sorprendió gratamente al ver que todavía había alumnos que le hablaban de usted. Dio unos pasos acercándose a la alumna mientras observaba la expectación que ambos habían generado. Pensaba en cómo explicarles lo importante que es entender que somos libres y que no hay normas universales que nos guíen en este camino que es la vida. Dirigió su mirada a Blanca y, en ese momento, se dio cuenta de que había cesado el sonido rítmico de las teclas de los portátiles: todos los alumnos estaban pendientes de la respuesta que fuera a dar. Con el rostro pensativo, volvió a hacer un plano general de los alumnos, consciente de que lo que dijera en ese instante sería más importante que todo lo que había explicado hasta entonces.

—Debéis aprender a cuestionarlo todo, incluso lo que consideráis moralmente intocable. La moral es una construcción humana. Detrás de esa apariencia de bondad y objetividad que proyecta, se esconde una

acción de dominación. Los poderosos se mantienen en el poder gracias, en gran parte, a la creación de unos valores que nos han hecho creer que son universales, cuando en realidad fueron diseñados para controlarnos. ¿Realmente creéis que la obediencia, la caridad, la humildad o el respeto son valores universales? Pensad por un momento si pudiera ser que las élites hubieran creado estos valores con el objetivo de someter al pueblo. —Hizo una pausa, tenía a todos los alumnos atentos y se sentía orgulloso de poder ejercer aquel trabajo. Era por momentos como aquel que había decidido dedicarse a la docencia.

»¿Estaríamos acatando las normas libremente o condicionados por los poderosos? Entonces, ¿existen los valores universales o no? Debéis ser conscientes que las decisiones que tomamos no están predefinidas por una regla universal que dicte lo correcto o lo incorrecto en cada circunstancia. Somos nosotros quienes debemos evaluar cada situación y tomar nuestras propias decisiones. Pero —y esto es importante— esta libertad conlleva una responsabilidad. No podemos escondernos tras el «esto es lo que dicta la moral universal». Si actuamos de cierta manera, somos los dueños de esa elección, y las consecuencias, buenas o malas, recaerán sobre nosotros. Al abandonar la moral universal, pasamos a construir nuestra propia moral. En lugar de seguir unas reglas impuestas, podemos elegir conscientemente lo que consideramos justo o injusto.

El ser humano no es un individuo fijo; al contrario, es cambiante, creativo, singular… y eso es precisamente lo que atemoriza a los poderosos. Nos quieren tener sometidos bajo unos valores que, según ellos, son universales, pero lo único que buscan es debilitarnos y mantener el statu quo para continuar dominándonos. Por lo tanto, debemos alzarnos en contra de la moral del rebaño, como así la nombró Nietzsche, refiriéndose a una sociedad mediocre, para así alcanzar la excelencia individual.

Blanca miraba al profesor con cierto aire de incredulidad: no acababa de entender por qué aquel hombre cuestiona valores como la caridad o el respeto. Ella es una defensora de las causas justas y, al mismo tiempo, siempre cuestionaba a las élites, pero lo que proponía aquel docente chocaba con sus convicciones morales.

Víctor, que percibía los gestos de duda e incomprensión de Blanca, buscó en su memoria algún ejemplo que ayudara a ilustrar su planteamiento.

—¿Conocéis el dilema del tranvía? —preguntó, mirando a los alumnos que lo observaban esperando que continuara—. Imaginad que vais en un tranvía cuesta abajo y sin frenos. Al final de la vía hay cinco personas atadas a las vías que morirán al pasar el vehículo. Sin embargo, unos metros antes, hay un desvío que podéis accionar tirando de una palanca; en ese desvío hay una persona atada a las vías que morirá si accionáis la palanca. ¿Qué haríais? ¿No hacer nada y

dejar que mueran cinco personas, o accionar la palanca y sacrificar a una sola? La mayoría diréis que mejor que muera una persona a que mueran cinco; pero si esa persona es joven o un niño y las otras cinco son ancianas, ¿tomaríais la misma decisión? —Hizo una pausa para que analizaran el dilema—. Y si esa persona es vuestra madre, vuestro padre o vuestra pareja, ¿seguiríais tomando la misma decisión? ¿Y si en un lado están vuestros padres y en el otro la persona que conoce la cura del cáncer? ¿Qué haríais? —Volvió a hacer una pausa—. ¿Cuál es el valor universal en este dilema? ¿Que sobrevivan el mayor número de personas, las más jóvenes, las que más queremos o las que pueden aportar más a la humanidad? No lo sé… y es porque no existe una moral universal. Nos guste o no, estamos condenados a decidir libremente.

Capítulo 2

Víctor salió del aula pensativo; no sabía si su discurso final había llegado a los alumnos y si les haría cuestionar su libertad. Bajaba las escaleras de la facultad sin mirar a nadie, envuelto en sus pensamientos. Fue hacia el aparcamiento de la universidad, subió a su coche y se dirigió a su casa.

Al entrar, lo esperaba Mía, que lo miraba con indiferencia, como siempre. El piso de Víctor no era nada pretencioso; más bien pequeño, con mobiliario sencillo pero moderno. Le gustaba ir a Ikea y cambiar la decoración de su casa con frecuencia. Nada más entrar en la vivienda, había un pasillo largo con puertas a la derecha, donde estaban las dos habitaciones y el único baño de la casa. Al final del pasillo se encontraba el salón-comedor y la cocina abierta. La primera habitación, Víctor la utilizaba como estudio; había una mesa-escritorio con el ordenador portátil, un reloj de mesa y unos exámenes pendientes de corregir. Todo bien colocado: le incomodaba el desorden, sobre todo en su zona de trabajo. Dos de las paredes estaban cubiertas

de estanterías llenas de libros, tanto de uso personal como académico. El salón-comedor era pequeño, pero luminoso; tenía una ventana y un pequeño balcón que iluminaba toda la estancia. En una esquina había una pequeña butaca de piel con una lámpara de pie detrás. Era la zona preferida de Víctor: allí pasaba gran parte de su tiempo leyendo, aprovechando la luz natural que entraba por el balcón.

En el sofá, tumbada, estaba Mía que lo miraba con desaire. Víctor se le acercó y le acarició la nuca con suavidad; ella comenzó a maullar, le encantaba que le acariciaran la cabeza. Mía era una gata de la raza común europea, de pelo gris y negro. Víctor le solía decir que era una callejera y que, desde que vivía con él, se comportaba como una gata mimada que se pasa el día durmiendo y comiendo. En parte era verdad: la había encontrado en la calle y la saludó amistosamente; ella, hambrienta y necesitada de cariño, lo empezó a seguir. Víctor, que llevaba un sándwich de jamón en la mochila, le ofreció un poco. Aquel gesto los unió para siempre. Mía lo siguió hasta el portal del edificio. Horas más tarde, Víctor bajó y Mía seguía allí. Le abrió la puerta de la comunidad y se la llevó a su casa.

—Hola, Mía —la saludó sin esperar respuesta, mientras se quitaba la americana y los zapatos. Se sentó en la butaca, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Necesitaba relajar la vista y la mente. Mía lo miraba con curiosidad y decidió acercarse a él. Saltó a sus